

¿De qué se nos habla cuando el tema es el medio ambiente? ¿Qué versiones privilegian los medios y las propuestas institucionales? Este texto reflexiona sobre el modo en que se comunican estas cuestiones, y analiza cómo oscilan entre una versión de la naturaleza en tanto espacio a gozar como espectáculo y el privilegiamiento de las catástrofes. Frente a esto, propone sugerencias prácticas y posibilidades de comunicación entre ambos extremos.

COMUNICACIÓN Y MEDIO AMBIENTE: ENTRE EL ESPECTÁCULO Y LA CATÁSTROFE

Parto de una pregunta. ¿Por qué el deterioro de la naturaleza, y en especial del bosque tropical, continúa con tanta fuerza, sin que exista una oposición social de tal envergadura que signifique un freno al mismo? Oímos las voces de protesta, hoy más que antes, pero ellas no provocan una movilización generalizada, una reacción de las dimensiones del problema.

Estamos ante una situación por demás compleja. Hace unos meses, en uno de nuestros países, un grupo de campesinos casi llegó al linchamiento de un funcionario gubernamental que estaba investigando la responsabilidad de una compañía maderera en la deforestación de una amplia zona. Se había corrido la voz de una amenaza para las fuentes de trabajo y fue imposible seguir adelante con la investigación.

¿Qué privilegiar, entonces: la naturaleza o la vida de la gente? Sin duda esta disyuntiva no es correcta y las propuestas en torno al desarrollo sostenible tratan de encontrar otros caminos.

Pero la reflexión nos permite abrirnos a un problema comunicacional: ¿Cuáles son las versiones privilegiadas en los medios de difusión colectiva y en las propuestas institucionales? ¿De qué se nos habla cuando aparece como tema el medio ambiente?

Una de las líneas más difundidas en la actualidad es la de la naturaleza como un espacio a admirar y gozar como espectáculo, *sin la presencia del hombre*. Vemos programas sobre la vida y hábitos de determinada especie, la forma en que se mantiene un nicho ecológico, las relaciones entre distintos animales o insectos, etc.

Queremos insistir en la palabra: *espectáculo*. La naturaleza aparece como un reino perdido, como el espacio para la vida ideal, como la única alternativa del ser humano de volver a una existencia sana. Y, en tanto espectáculo, son privilegiados los aspectos más atractivos, de mayor belleza.

Hay toda una vertiente de la comunicación dedicada a utilizar la naturaleza como recurso para atraer, como por ejemplo la publicidad, y dentro de ésta en especial

la promoción de lugares turísticos. Estamos ante versiones privilegiadas, sobre todo a través de la televisión y de los medios impresos.

En el otro extremo figura el privilegiamiento de las catástrofes, de los desequilibrios, del avance de la deforestación o de la contaminación. Estas verdaderas versiones catastróficas, basadas por supuesto en situaciones más que reales, no ocupan el espacio de la difusión masiva en la misma proporción que las anteriores. Y, siempre en el terreno de los medios, no suelen traer un análisis de las causas de tales problemas. En general, se habla de manera abstracta del *ser humano*, como si no fuera necesario discriminar, reconocer a quienes tienen, como grupo, como empresa, responsabilidad directa. Así, por ejemplo, suele denunciarse mucho más del deterioro del bosque protagonizado por campesinos que por compañías madereras.

En pocas palabras: la presentación de los problemas no es hecha, en muchos casos, desde una perspectiva de la totalidad. Por supuesto que hay excepciones a esto, en mensajes institucionales, por ejemplo. Pero también es necesario reconocer que a menudo las mismas confían en el poder de la denuncia como única forma de cambiar las cosas, como herramienta irresistible de concientización. Hay en todo esto un equívoco fundamental: la creencia en que el sólo hecho de mostrar una verdad hace que se ilumine la conciencia de los demás y que se pase a la acción.

La comunicación tiene límites, y éstos son de manera esencial la vida cotidiana de la gente, sus hábitos, sus rutinas, sus intereses, sus certidumbres, sus requerimientos para sobrevivir, sus necesidades... No es sólo con información o con golpes a la sensibilidad como se puede lograr una preocupación por las cuestiones ambientales, y muchos menos una acción.

Medio ambiente como espectáculo y medio ambiente como espacio de la catástrofe. Entre ambos extremos se mueve toda una gama de posibilidades que va más bien por el lado de sugerencias prácticas, por la inserción en procesos sociales a fin de acompañarlos con la comunicación.

No desestimamos de ninguna manera el papel de la denuncia, la puesta en público de determinadas situaciones, pero ella no es suficiente para enfrentar los problemas actuales. O, dicho de otro modo: la comunicación no se agota en aquella tarea, y mucho menos entre las versiones idílicas y las catastróficas.

Vayamos a ejemplos que tocan muy de cerca a los países centroamericanos. Los problemas propios de la biodiversidad son mucho más complejos de lo que suele expresarse en el simple llamado a la defensa de una especie. Por supuesto que jamás estaremos en contra de tal llamado, pero a menudo existe, y no pocos programas contribuyen a ello, la creencia de que son unos pocos animales los que están en peligro de extinción. La atención es dirigida casi siempre a ciertos peces, ciertos mamíferos y aves. Y queda fuera toda la trama delicada y compleja característica de espacios como los bosques tropicales.

La tendencia más general es a mostrarnos animales, de individuo en individuo, por decirlo así, y no a abordar la complejidad de los nichos ecológicos puestos en peligro. Sabemos mucho de determinadas tortugas marinas o de los delfines, por ejemplo, pero poco y nada de las características ecológicas de cierta zona de la costa. La tendencia es a privilegiar los casos, más que a ir desde ellos a una comprensión en totalidad de un problema.

La naturaleza sigue siendo, incluso cuando de catástrofes se trata, un espectáculo. En realidad esto no es nada nuevo, pero con los medios electrónicos actuales y con las movilizaciones masivas de personas en plan de turismo, el fenómeno se ha acentuado.

El espectáculo es siempre una cadena de productos; no nos permite ver el proceso, no nos deja avanzar a las causas, no nos hace vislumbrar las consecuencias.

Vale la pena un ejemplo, a fin de no apartarnos por ahora de la línea de privilegiar ciertas especies. Todos hemos visto por televisión, en el cine o en muchos casos directamente, el espectáculo de los delfines amaestrados. Hemos visto también a los adiestradores nadando entre esos hermosos animales y los hemos escuchado referirse a sus características, a la manera en que se comunican, a la rapidez con que aprenden.

Hasta ahí llega el espectáculo: los grandes saltos fuera del agua, las imágenes por debajo de la superficie, la gente aplaudiendo... La Sociedad Mundial para la Protección Animal tiene una versión muy distinta de ese espectáculo, en palabras de su director Andrew Dickson:

"Los delfines en los acuarios se van quedando ciegos con el cloro de las aguas, sus aletas se deforman por el giro constante hacia el mismo lado y por estar encerrados también dejan de emplear un sistema de sonar que les sirve para orientarse" (Semanario Universidad, Universidad Nacional de Costa Rica, 31 de julio de 1992).

Otra forma de reducir el complejo problema de la biodiversidad a espectáculo ha sido la de la apropiación de ciertas reivindicaciones ambientalistas por parte de la publicidad. En estos días puede apreciarse en las pantallas de televisión de varios países de América Latina un corto con la siguiente trama:

Un hombre y una mujer jóvenes avanzan escondidos por un paisaje típico de alguna zona del África. Observan a lo lejos una escena: son cazadores de elefantes que llevan un enorme bulto de colmillos de marfil. Los héroes toman fotografías, los malhechores se dan cuenta, los alcanzan y les quitan el rollo de fotos de la cámara. Pero he aquí que el muchacho ha escondido uno entre su ropa y cuando los malvados se van se lo muestra a la muchacha. Viene el final feliz y para festejar ambos beben a contraluz un refresco de fama mundial.

Todo esto con los ingredientes de siempre: una muchacha hermosa, un guapo compañero, incluso los malos son blanquitos y bien presentados. Además, las tomas generales, los espacios abiertos, el sol, los colores exactos...

Muchos otros productos son anunciados en la actualidad con la coartada ambientalista.

Otro punto fundamental: a menudo se da mayor importancia a las especies en extinción que a los sectores más en peligro de la especie humana. A menudo sabemos mucho más de las ballenas atacadas por buques japoneses que de los niños y niñas de la calle, de las tortugas marinas que de los millones de seres sumidos en la pobreza crítica en nuestros países.

¿Escapa esto a los propósitos de quienes trabajan en favor del medio ambiente? Hay un medio ambiente humano que no ha dejado de deteriorarse en los últimos años, sobre todo durante la llamada, y con razón, década perdida del Tercer Mundo, la de los 80.

¿No más reclamos, entonces, con respecto a las agresiones a la naturaleza? No es nuestra intención proponer algo semejante. Pero es imposible deslindar la preocupación por el contexto ambiental dejando de lado las condiciones de vida de los seres humanos.

De allí que consideremos necesaria una reflexión permanente en torno a la realidad como totalidad, tomando como punto de referencia la especie humana, sus formas de orientarse en su contexto y de sobrevivir, sus caminos equivocados, destructores del medio ambiente, pero a la vez los caminos que sumen en el riesgo de no sobrevivir a millones de personas.

Expresamos nuestras dudas sobre una comunicación en favor del medio ambiente *sin seres humanos*. En una situación como la presente lo que está en juego es la supervivencia de la especie en general y de millones de pobres en nuestros países. No podemos seguir ofreciendo visiones parciales de un problema tan complejo.

Una posibilidad, como hemos indicado antes, es para nuestros países la del desarrollo sostenible. En esta propuesta son planteados por fin los problemas en totalidad, tratando de percibir la interdeterminación de una variable sobre la otra, en este espacio de la vida de nuestro planeta.

Vale la pena insistir:

La comunicación en favor del medio ambiente no se puede agotar en el envío de mensajes a través de los medios de difusión colectiva o de los sistemas institucionales.

No descalificamos esas prácticas, pero si las mismas no acompañan procesos de interacción grupal, de relación entre distintos sectores afectados, de trabajos en el

seno de la familia, de la comunidad, de las organizaciones y movimientos sociales, tienen siempre la posibilidad de quedarse en el espacio de las buenas intenciones.

Comunicar, entonces, pero siempre en relación con un contexto, con un grupo o un sector determinado. Y comunicar también para relacionar organizaciones que trabajan en campos afines, para establecer redes de intercambio de información y experiencias.

Esto no es sencillo. Resulta más tentadora la simple difusión, como si el mero hecho de hacer y distribuir un documento asegurara de antemano la toma de conciencia y la acción de la gente. Por otra parte, muchas organizaciones ambientalistas comparten los problemas del resto de las ONGs: el aislamiento, el trabajo en proyectos a escala micro e incluso el celo por *sus* proyectos.

¿Cómo superar esas limitaciones? No tenemos recetas, sobre todo por la variedad de contextos de nuestros países. Pero sí vale la pena detenerse a reflexionar sobre algunas alternativas:

- ¿Es usted un comunicador en algún medio de difusión colectiva?
- ¿De dónde obtiene la información y a quiénes cree que llega?
- ¿Conoce usted los temas que difunde o se atiene a materiales enviados por alguna agencia internacional o nacional?

Sabemos los problemas de un comunicador dedicado a estos temas en los medios de difusión colectiva. Existen limitaciones de tiempo que impiden la especialización, existen limitaciones de lo "que se puede decir" por la presencia de empresas a menudo intocables, existen, en fin, noticias "más importantes". Pero, como señala Gino Lofredo ("Estrategias ambientales", en Chasqui Nº 37, Quito, 1991, p. 32) la situación ha cambiado en los últimos años porque: el discurso ambientalista está ampliamente legitimado en casi todos los sectores sociales; el deterioro del medio ambiente ha puesto en evidencia las vinculaciones entre medio ambiente y calidad de vida; el discurso ambientalista ha sido incorporado al programa de casi todos los partidos políticos; la movilización política y social es reconocida por los propios organismos financieros como un componente prioritario de las estrategias en favor del desarrollo sustentable.

Es a partir de ese cambio, y de un esfuerzo personal y grupal (sería maravillo asistir en nuestros países a la creación de asociaciones de comunicadores en favor del medio ambiente) como se pueden ir profundizando las líneas abiertas por las preguntas con que iniciamos este apartado:

- ¿Es usted un comunicador institucional?
- ¿Ha podido profundizar en el tema del medio ambiente o se atiene a lo que le hacen llegar sus compañeros de trabajo?

- ¿Ha tenido oportunidad de dialogar con la gente comprometida en esos procesos?
- ¿Ha visitado lugares donde se viven problemas ambientales?
- ¿Qué sabe de la acción de otras organizaciones?
- ¿Conoce sus publicaciones y sus propuestas?

También en el caso de los comunicadores institucionales se presentan limitaciones: el exceso de trabajo, la concepción de lo comunicacional como mero instrumento para transmitir información hecha por otros, la creencia en los medios como único recurso para comunicar, la carencia de recursos. Y, sin embargo, toca también la responsabilidad de especializarse en ciertos temas, de conocer a los interlocutores, de adaptar el lenguaje a los mismos, de confrontarse directamente con los problemas ambientales, porque es muy difícil hablar en este terreno, de algo que no se ha experimentado directamente.

Todas estas reflexiones son apenas una invitación a los colegas comunicadores para insistir en el papel que les toca en estos últimos años del milenio, en los cuales queda cada vez menos margen para la improvisación y el desentendimiento de los cada vez mayores problemas sociales.

Daniel Prieto Castillo
Radio Nederland, Guatemala, Noviembre de 1992